

# EL ATLÁNTICO

NÚM. 305

SANTANDER 4 DE OCTUBRE DE 1893

AÑO VIII

## CATÁSTROFE INMENSA

Jamás, jamás sufrió Santander catástrofe semejante á la hecatombe de ayer.

Horrible, estupenda.

El espanto más horroroso anonada los ánimos.

Ni epidemia, ni guerra, ni naufragio ha habido en tierras ó mares que en instante tan rápido causara tan terribles y numerosas muertes como ayer han llenado de luto á centenares de familias.

En un vapor, *El Cabo Machichaco*, atracado al muelle saliente núm. 2 de los de Maliaño, una explosión de dinamita produjo la muerte instantánea de tal multitud de personas, que pasa de CUATROCIENTOS el número de caídas ó desaparecidos, y de más de MIL acaso el de heridos.

Imposible proceder con orden á un relato.

Intentémoslo.

El vapor *Cabo Machichaco*, de fuerte tonelaje, perteneciente á la Compañía de Ibarra (antes «Vasco-Andaluza») había llegado de Bilbao, días atrás, y después de cumplir la cuarentena en el Lazareto, acababa de atracar al primer muelle de los de Maliaño, donde estaba desembarcando la parte de carga consignada á este puerto.

A eso de las dos de la tarde se inició fuego á bordo,—hacia la sección de proa,—que adquirió grandes proporciones en seguida.

Allá acudieron inmediatamente, además de su consignatario (don Aurelio Martínez Zorrilla) con otros dependientes de la Casa, las autoridades todas de Marina (Comandante don Pedro Domenge, Comandante segundo don José González de la Rasilla, Ayudante don Manuel Conde, Ingeniero de Obras del Puerto don Ricardo Saenz Santa María con su ayudante señor Delgrás y otros subalternos; señor Gobernador de la provincia don Manuel Somoza de la Peña; Gobernador militar de la Plaza y Jefe de la zona señor Mangas; Coronel del regimiento de Burgos señor Sans, etc. etc. con infinito número de espectadores; tomando los primeros de aquéllos las oportunas disposiciones para la extinción del fuego. A este fin acudió también, además de la lancha de vapor Julieta, del algebe de las Obras del Puerto y el de la aguada de buques, el gánguil San Emeterio, dispuesto para remolcar el buque incendiado hasta el medio de la bahía ó fuera de ella el vaporcito «Santander», auxiliar de la Compañía Trasatlántica con el capitán inspector de la misma señor Cimiano, el capitán del «Alfonso XIII» don Francisco Jaureguizar, el oficial primero de ese buque don Norberto Iglesias, y numerosísimo personal de la tripulación; atracando al costado del «Cabo Machichaco», juntamente con los dos citados algebos, y lancha «Julieta», ó dando otras órdenes en el muelle, las mencionadas autoridades de Marina, é ingeniero de la Junta del Puerto.

Así transcurrieron una ó dos horas, y entonces, como el fuego iba adquiriendo mayores proporciones, cubriendo la atmósfera inmensa nube de humo que se proyectó á la luz del sol poniente, se pensó y aún comenzó á sumergir el barco abriendo los grifos de fondo; y activándose todo lo posible la descarga

de suerte, que quedó el buque algo tumbado sobre la banda de estribor y como recostado sobre el muelle.

A las cuatro y media las llamas seguían ganando terreno.

Ya habían sido descargadas sobre el muelle 14 cajas de dinamita destinadas á quedar en Santander.

Corre por muy válida la versión,— ¡y esto es horrendo!—de que insistentemente incitaron, tanto las autoridades citadas como el ingeniero del puerto, al capitán del buque á que declarase si quedaba ó no á bordo más dinamita que pudiera llevar consignada á otros puertos, y que el capitán, interesado acaso por evitar gastos y trastornos á la empresa naviera, confiado tal vez en la errónea creencia que la dinamita no explota por combustión, sino por percusión, negó, redonda y reiteradamente, esta cir-

dió lugar al horrendo cúmulo de desgracias que lloramos; entonces ¡ah! debe haber en el Código penal, en el Civil, en el de Comercio, y, si no le hay, seguramente, en el de la conciencia universal, algún artículo ó prescripción que haga á la Compañía de Navegación Ibarra, subsidiariamente responsable de tantas desdichas.

¿Qué ocurrió entonces?

Eran las cinco menos cuarto, próximamente; súbito resplandor brilló por cima de toda la ciudad seguido de horrrisona detonación, como si hubieran estallado, á un tiempo, cien volcanes; densa nube de humo anticipó el anochecer, y permaneció en lo alto, destacándose por breve sobre su fondo oscuro, pavoroso, multitud de objetos que volaban por el espacio; eran casi

dad, que en casas del apartado barrio de Cajo, entre ellas la del señor marqués de Valbuena, á tres kilómetros por lo menos, se sintió la trepidación.

Dícese que fragmentos que cayeron trasponiendo la colina del paseo del Alta, en una taberna del camino de San Juan, causaron la muerte á dos sujetos (distancia unos tres kilómetros.)

El buque quedó totalmente sumergido por la parte de proa y la del centro, emergiendo poco más que á flor de agua la popa, en la que se encontraban gran número de personas, de las que muchas se salvaron milagrosamente. Mas como á aquella hora faltaba poco para la bajamar, al subir después la marea, ésta cubrió por completo todo el casco del vapor.

También desaparecieron instantáneamente todas las embarcaciones que aquel tenía abarloadas al costado, por la parte del Sur, ya mencionada antes, y varias gabarras, donde era alijada la carga, con el apresuramiento y confusión consiguientes.

## LAS VÍCTIMAS

Algunos espíritus estremadamente meticulosos acaso juzgarán imprudencia censurable nuestra resolución de dar á conocer los nombres de las personas muertas y heridas en la jamás bastante llorada catástrofe de ayer tarde; pero hemos de responder á los que así califican aquella resolución que, después de vacilar largo rato y meditarla, nos ha parecido preferible dar á la publicidad nombres de aquellos cuyas familias, todas ó casi todas, residentes en esta población, tienen ya noticia de su inmensa desgracia, al riesgo, aún más inconveniente, de producir una inmotivada zozobra en aquellas otras familias acaudaladas de la ciudad y que cuentan en ella con deudos ó parientes, merced á una inútil ocultación de tales detalles de la horrible hecatombe que ha sembrado el luto entre tantas familias y la desolación en la ciudad entera.

Nuestro criterio es este. Y le tenemos por tan bueno como otro cualquiera.

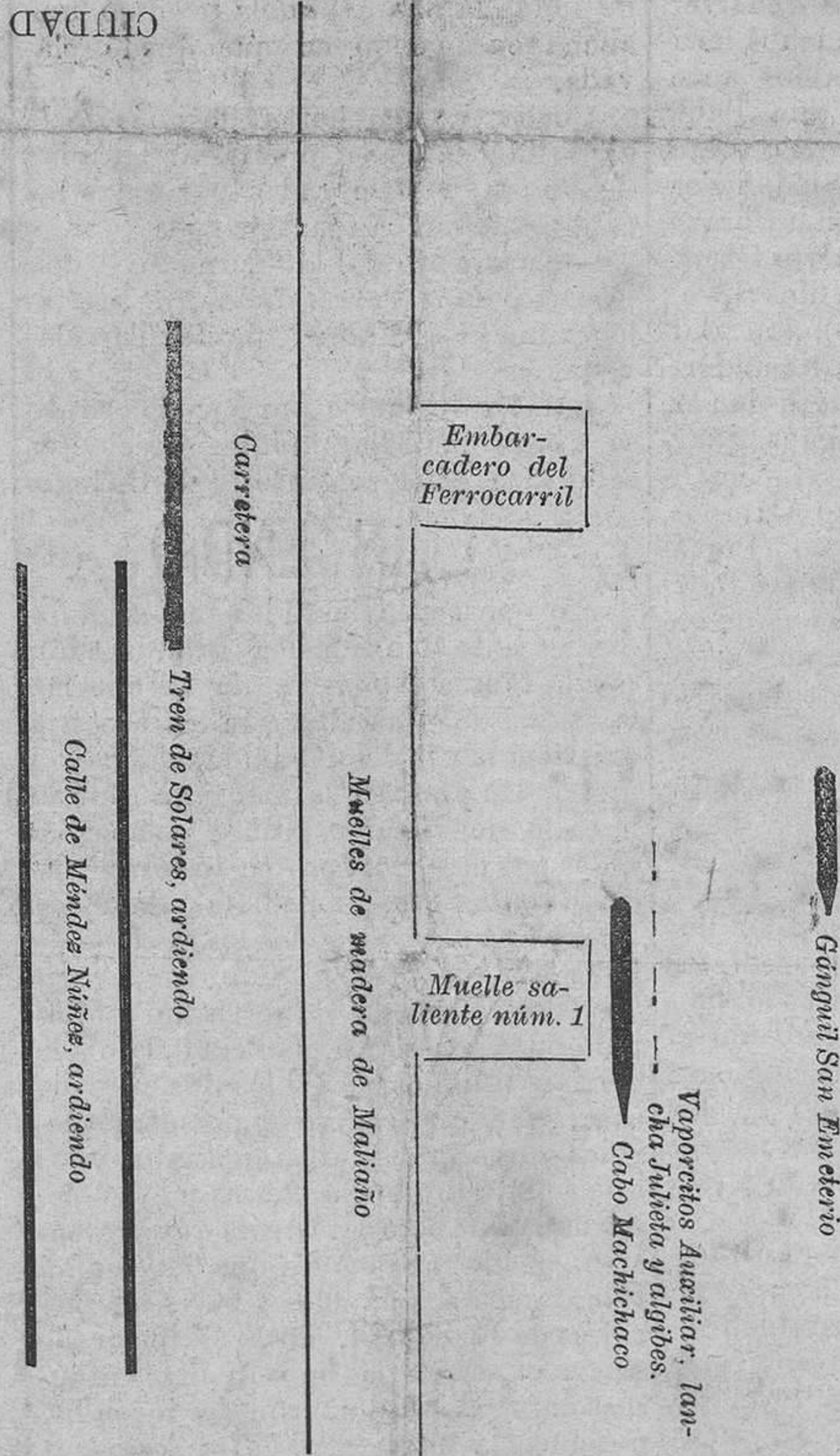
Los informes ni son completos, ni determinada su absoluta exactitud, pero así y todo, cumplen en parte el último de los fines indicados, y aun en caso de inclusión errónea, no complica zozobra de las respectivas familias, por cuanto ya los presentes están tranquilizados y los ausentes no habrán dejado de ser prevenidos antes de recibir este número de EL ATLANTICO.

Enumeraremos primeramente los nombres de los muertos reconocidos ó hallados; luego los de los desaparecidos, y por fin los de los heridos.

## LOS MUERTOS

Se han visto en el sitio de la ocurrencia los cadáveres de las siguientes personas:

Don Manuel Somoza, gobernador civil de la provincia (enorme brecha en el cráneo); don José González de la Rasilla, segundo comandante de marina (destrozado el cráneo); don Manuel Suárez Inclán (separada del tronco la cabeza) y su hijita Rosario (de una lesión en la cabeza); don Emilio Corpas,



cunstantia que iba á ocasionar al poco rato la más espantosa de las catástrofes que en otro caso atraería tremendas responsabilidades sobre los funcionarios encargados del régimen del movimiento y tráfico mercantil en el puerto; que tal fué en los primeros momentos el sentir unánime expresado en medio de las lamentaciones y espasmo general.

Sea el que fuera á quien haya de imputarse la culpa, Dios, en su misericordia infinita, le habrá perdonado si en su seno le ha acogido; pero si llegara á averiguarse la exactitud, siquiera la persuasión fundada, de que alguien que dependiera de la Compañía armadora, en incomprensible obcecación por un mal entendido y criminal celo, en este caso, por los intereses de aquélla,

los todos que constituían la sección superior de proa y centro del barco: baos enormes, pesadas planchas de hierro, la chimenea, anclas, cadenas... cadáveres enteros horriblemente desmembrados, yendo alguno de ellos á caer á más de un centenar de metros de distancia. Medio cuerpo fué proyectado con tal violencia, que á través de la vidriera del Hotel Continental, establecido en la casa núm. 1 de la calle de Méndez Núñez, penetró en el comedor situado en la planta baja.

Á ese estrépito siguió inmediatamente el de los cristales de casi todas las calles de Santander, así exteriores como interiores, desplomándose tabiques enteros sin que apenas quedase uno sin resistir, abriéndose puertas en violenta sacudida, efectos, en fin, de tal intensidad,

farmacéutico; don Antonio Echínove, abogado fiscal de la Audiencia (sin lesión ninguna aparente, descalzo un pie con la bota al lado, calzados los guantes en ambas manos); Marqués de Casapombo, arrojado desde el puente del barco sobre una estiba de maderas, como á cincuenta metros; don Julian Gurtubay; una señorita cuyo nombre ignoramos, cortado un brazo á raíz del hombro, descalzo los pies y los zapatos cerca de ella; un hijo de don Matias Dou; un joven apellidado Rasilla; un tal Marcelino, capitán de muelle; un sargento de infantería de marina (partido el cuerpo por el medio); don José Mier; señor Guilarte, médico de Sanidad marítima; un hijo del señor Sollet; don Luis Martínez Peñalver; los guardias municipales Mitjans y Cantolla; don Manuel Conde, ayudante de la Comandancia de Marina; un hijo del señor Zaldívar; don M. Rumay; don Eduardo Gassis; el guarda de cafeterías de la Sociedad de aguas Alfonso N. En el mismo lugar de la ocurrencia vimos montones de cinco, diez y hasta como de veinticinco cadáveres, además de otros muchos, aislados y dispersos por todas partes.

En otras sitios vimos: Una mujer muerta por un anclote en un dintel del portal de la casa número 2, del muelle de Calderón; un hombre, tipo manilo, tendido en el arroyo de la calle de Arce Bodega, entre ésta y el lugar de la explosión, otro cadáver que se supone el del contramestre del Alfonso XIII; el de una pescadera, en la plaza del pescado, frente á la casa del señor Arrarte; dos cadáveres en la Alameda segunda, otros dos ya citados en el camino de San Juan; un niño de cinco años llamado Pedro Gómez, yacía con la cabeza destrozada en la subida de la Rampa de Sotileza.

### DESAPARECIDOS

Don Pedro Domeng, comandante de Marina; don Ricardo Saenz Santamaría, ingeniero de las Obras del Puerto, y su ayudante don Lorenzo Delgras; don Francisco Cimiano, capitán inspector de los vapores de la Compañía Trasatlántica; don Francisco Jaureguizar, capitán del vapor correo «Alfonso XIII»; don Norberto Iglesias, oficial 1.º del mismo; su médico señor Ferrer y además el capellán y el sobrecargo con otros subalternos tripulantes de dicho buque, hasta el número de sesenta; el señor Sanz; coronel del regimiento de Burgos; 20 bomberos; el joven don Paulino Büchs; don Santiago González; el joven don Pío Martínez; don Guillermo Dou, don Clemente Villalabeitia, don Andrés Rodríguez, don Ricardo Rey, prácticos del Puerto estos cinco; don Cosme Mioño; don M. V. de Cabuérniga; don Ruperto del Río, fiscal de S. M.; don Miguel Fernández Cavada, y su hermano don José, un tal Ramón, de la casa consignataria del buque siniestrado; doña Rosario Cabanzón.

Faltan además varios niños extraviados, entre los cuales tenemos noticias de los siguientes:

Francisco Orallo Rodríguez, Cervantes, 11, 1.º; Bonifacio Iglesias, calle de la Rosa; Saturnino Barreno, de 9 años, Santa Lucía, 2, 2.º; Mario Martínez, de 6 años, panadería; Germán González, de 10 años, Calderón de la Barca; Lorenzo Valen, de 5 á 6 años; una niña llamada Rosa, de tres años, Mendez Núñez, 4; Amalia Pacheco, 3 años, Peñas Redondas, 8, taberna; Antonio Amber, Ruamenor, 4, bajo; Sara Landa, 2 años, Cervantes, 15, 1.º; Martín Rojas, de 11 años, Peñas Redondas, 8; Lorenzo Subirana, de 4 años, Pedreca, 7, 3.º; Mercedes Espina, de 9 años, Río de la Pila, 29; José Méndez, de 8 años, San Sebastián, 3, 2.º; Ricardo Ferrer, de 8 años, Blanca, 40.

Se encuentran recogidos, en distintas casas, los siguientes niños:

Agustín Diez, de 10 años, en la de don Hilario Corvera, Santa Lucía, 23.—Una niña, como de diez años, cuyo nombre no hemos podido averiguar, en la calle de Santa Clara, casa de Lorenzo, el Pintillero.—Un niño, como de tres á cuatro años, en la calle Alta, 25, tienda.—Otro de cuatro á seis meses, en la casa de Valentín Basterrechea en la calle de San Simón.—Otra niña, de doce á catorce meses, en la calle de San José, número 9.—Otra niña de un año y traje color rosa con notas encarnadas, en la Cuesta de Gibaja.—Otra y un niño, que viven en la calle de San Luis, están recogidos en la de la Enseñanza.

Además hay recogido en la calle de Francisco de Quevedo un bombero herido y en el gánguil «San Emeterio» un hombre herido y un trozo de cuerpo humano.

### LOS HERIDOS

Señor alcalde don Fernando Lavieja, herido leve que no le impidió...

grarse á prestar socorro y dar disposiciones sin cesar un momento) y su esposa; don Tomás Ortiz de la Torre, herido en ambas piernas y amputado; don Eduardo Tellez, en la cabeza, manos y un ojo, que aunque leve al principio al parecer, algo agravado después; don Julián Fresnedo, fractura del taocarpiano y próstata; el primer jefe de estación; el de la policía municipal, en una pierna; don Aristides Pardo, (idem); don Alejandro Martín, juez de primera instancia (leve); un hijo de don Simón Regatillo, arrancado un pie, cuya falta, aturrido, no advirtió hasta que echó á andar y cayó al suelo; Marcelino Cocin, teniente del regimiento de Andalucía, en la cabeza; don Valentín Cuervas Mons (fracturado un brazo); señora viuda de don Jacinto Noriega (graves heridas) con pérdida de un brazo; don José Castillo (leve); el joven don Casimiro Solano; el coronel de la zona y comandante de la plaza señor Mangas; el niño Agustín Tortejada; el joven señor Hortigüela, hermano del pianista que cayó sobre un tejado sin sufrir apenas daño; una niña del señor Ferrer; primero y segundo inspector de orden público, ambos contusos; un señor sacerdote que chorreando sangre de la cabeza, prestaba los últimos auxilios á un moribundo apoyado en sus rodillas; una mujer frente á la Cruz Blanca, arrancado de cuajo un brazo; el comisionado del Heraldo de Madrid, pariente del señor don C. Campo Guereña, herido levemente en un brazo; el joven don Valentín Bolado, (en una pierna cuya amputación iban á proceder anoche los facultativos señores Oria y Fernández. Un niño herido intensamente en un pie hallándose en el mismo portal de nuestra imprenta; don Aniceto González, fotógrafo (dos heridas en la espalda); don Gerardo Reguero (en la cabeza y brazos); don Pedro Busch, (en la cabeza); Aurelio Martínez Zorrilla, (leve); el capitán de la Transatlántica, señor San Emeterio (en un dedo); doña Josefa Aja, viuda de Zumelzu; otra señora (partido el brazo por la rótula, caminando con gran entereza); don Vicente Segura (rota una pierna); el joven don José Rasines, hijo del jefe del Depósito de Tabacos (un brazo roto); niñas de don Mario Martínez Peñalver; don Francisco Aparicio; muchos heridos entre los voluntarios venidos anteayer en el vapor de Cuba; don Pablo María Martínez; don Lorenzo Blanchard (una mano); T. Menocal; don Fermín San Miguel, dislocado en un brazo, quedando además sordo y calvo; Cándido Ruiz; don Santos Gandarillas (leve); Francisco Blanco (en un pie); don Baltasar Escribano (grave); don Aniano Grijalba, oficial del Gobierno civil; don A. Sierra; don Félix Victor Gómez, guardia municipal, (en la cara); el comandante de la zona don Casto Campos, en la cabeza; don Fructuoso González, (en una pierna y un brazo); el Delegado de Hacienda herido levemente en la cabeza y su señora en una pierna; comandante señor Moya; al Oeste del atrio de Santa Lucía, fué herido un hombre en ambas piernas.

### DETALLES

Imposible—en el estado de agitación del angustiado espíritu—coordinar los múltiples y aún contradictorios relatos que acerca de episodios trágicos ó felices, y detalles más ó menos verosímiles ó comprobados acerca de la inmensa catástrofe, se nos han facilitado en los centros oficiales, ó por amigos nuestros que en gran número concurrieron á esta redacción.

No hemos de intentar siquiera esfuerzo tan inútil, ni menos una comprobación que hace imposible también lo avanzado de la hora; y nos resolvemos á publicar estos detalles, en la forma y orden en que los hubimos de adquirir; dispuestos—claro está—á hacer en el número de mañana las rectificaciones de los posibles—y aun seguros—errores en que hayamos incurrido, así como ampliar la relación de las víctimas, que son, desdichadamente, tanto más numerosas que las que dejamos ya apuntadas, y cuyo número calculan, los menos pesimistas, en cuatrocientos á seiscientos muertos y en un millar de heridos, la mayor parte de éstos graves.

El Comandante de Marina se encontraba á bordo de la lancha «Julietta», en el momento de ocurrir la explosión.

El coronel señor Morales se ha encargado del Gobierno militar, y el señor don Victoriano Dóriga, teniente de navío, de la Comandancia de Marina.

En la Atalaya se recogieron gran número de familias, é innumerables niños fueron atendidos en muchas casas del Alta.

El tren de provincias ha estado detenido en Boó, á causa de la incomunicación telegráfica que hizo que el jefe de aquella estación se negase—con plausibilidad—á salir. En este sentido, en auxilios de Torrelavega, pa-

ra la extinción de incendios; por lo que el Gobierno interno dió órdenes terminantes para que el jefe de Boó permitiera la salida del tren, detenido allí.

También de Molledo y Santa Cruz de Igüña llegaron brigadas con la correspondiente bomba, poniéndose en seguida á trabajar en el incendio, con ahínco digno de encomio.

En Perines barrio situado al extremo Oeste de la ciudad, cayeron varios trozos de plancha y la uña de un ancla. Un corcho penetró en una casa del mismo barrio rompiendo los cristales de una ventana y un espejo.

En el Prado de San Roque, situado también al extremo Norte, cayó el cepo de un ancla.

A las doce de la noche han llegado 18 guardias civiles, procedentes de los puestos de Torrelavega y Bárcena.

Mañana celebrarán una reunión privada los diputados provinciales, para adoptar acuerdos relacionados con la inmensa desgracia de que Santander ha sido víctima.

El coronel de la zona, señor Mangas, arrojado al agua, salió á nado. Sufre una conmoción.

El «Machichaco» iba á salir á las cinco de la tarde.

Suspendióse hasta hoy la extracción de los cadáveres, del buque y demás embarcaciones sumergidas.

Hablábase de que habría á bordo del «Machichaco» más de mil cajas de dinamita.

Debe haber perecido, con toda la gente, un «Corcouera» atracado á dicho vapor.

Según personas llegadas ayer de Torrelavega, la detonación se oyó allí, distinguiéndose la columna de humo.

A poco de empezar á llegar heridos á la Casa de socorro acudió allí el señor Obispo, con otros sacerdotes, prestando todos auxilios espirituales á aquellos cuya gravedad lo exigía. Lo propio hicieron los señores párrocos y coadjutores de Santa Lucía, la Compañía, y suponemos que también los de las demás iglesias.

Un brazo y la caña de un ancla, como de ocho quintales, arrancó uno de los balcones de la casa número 2, del Puente, retorciéndole y arrastrándole á la calle donde la uña del ancla produjo una ancha excavación en que quedó clavada.

Cuatro ó cinco horas después de la explosión muchas piezas arrancadas del buque y sembradas por todas las calles, estaban candentes.

—Encargado del Gobierno civil don Federico de la Parra, dictó órdenes, telegrafizando á Madrid desde Torrelavega.

—Se ha dispuesto que por de pronto se abran inmediatamente doscientas sepulturas en el cementerio de Ciriego.

### EL INCENDIO

Por consecuencia de las materias incandescentes lanzadas á gran altura, por la fuerza expansiva de la enorme cantidad de dinamita que se asegura existía á bordo del «Cabo Machichaco» una de las casas de la manzana Sur de la calle de Méndez Núñez comenzó á arder por el tejado, propagándose el incendio á las casas inmediatas de una y otra acera. Y como todos los vecinos de aquella zona habían huído despavoridos, desolados por el horrisono estampido de la explosión, y la ciudad los de corrían igualmente ávidos los unos de averiguar el paradero de personas queridas cuya suerte les angustiaba, y los otros por conocer las causas y los efectos de la horrible catástrofe que presentaban, siendo muchos los que huyeron á refugiarse á los pueblos y barrios exteriores de la ciudad, ante el temor de nueva explosión; ni unos ni otros atendieron, ni se preocuparon del incendio, que ante la enormidad de la desgracia ocurrida, venía á quedar reducido á un mero incidente y que alcanzó pronto imponente incremento, corriéndose de la casa en que hubo de dar principio á la contigua, y más tarde á la del frente, en la misma calle, corriéndose con rapidez por toda la manzana.

A las cinco y media quedaba cortado el incendio en la casa número 6 de la línea del Sur y en la del Norte; resultado debido en gran parte al esfuerzo de las brigadas del Valle de Igüña y Torrelavega dirigidas la primera por nuestro particular amigo don Luis Bustamante cuya heroica conducta es ciertamente digno de la gratitud de nuestro pueblo y de la más alta recompensa.

En la acera izquierda se han quemado por completo las casas comprendidas entre los números 5 y 17, y en la de la derecha desde el número 8 hasta el final de la calle.

### DESPUÉS DE LA CATASTROFE

No hay tintas en la palabra humana para el cuadro de desolación que presentaba Santander después de la explosión del vapor «Cabo Machichaco».

La noche se empeñaba inútilmente en cubrir con sudario de sombras los cadáveres que yacían en la machina ó muelle de Maliaño; el incendio que devoraba en enormes llamaradas el barrio entero de Méndez Núñez mandaba sus siniestros resplandores á iluminar aquel hacinamiento de muertos y de heridos incontables.

Los deudos y los amigos pasaban por entre ellos buscando á los suyos, y entre gritos de dolor y ayes de desoladas inquietudes iban y venían mirando á unos y á otros, registrando por todas partes y asomándose al borde del muelle inquirían el fondo de las aguas ennegrecidas por la formidable explosión.

No es posible referir las escenas de dolor sublime, de exaltación del infortunio, de tribulación infinita de que fuimos testigos.

Allí vimos á distinguida señora que buscaba á su esposo y con sus manos revolvía los heridos y los muertos.

Acá en la población, las gentes corrían por todas partes, solo se oían gritos de unos, llanto de muchos, apenas había ninguno que no buscase á su esposo, á su hermano, á sus hijos; porque al sitio del siniestro habían acudido durante la tarde, para presenciar el incendio del «Machichaco», millares de personas y era contada la familia que no tuviera ó creyera tener en aquel lugar alguno de los suyos.

Las calles estaban cubiertas de vidrios; porque no quedó un edificio, ni en los barrios más apartados, donde la trepidación, como de terrible terremoto, no quebrase los de todos los balcones y ventanas y hasta los de los patios interiores.

Los cables del teléfono sueltos en el suelo y las corrientes eléctricas llameaban al pasar las gentes y los carruajes, produciéndose con tal motivo no pocos sustos y alarmas, porque cualquier accidente hacia temer, á los ánimos impresionados, que se repitiera la catástrofe,

fición los que aún quedaban en el baque más cajas de dinamita.

Las camillas unas tras otras desde Maliaño á la Casa de socorro, al hospital y al depósito.

En la Casa de socorro el señor obispo administrando la Extrema-Unión; auxiliaba á un agonizante, y en el Hospital, la Caridad, la misma Caridad, superior á todo elogio á los que sin cesar llegaban á aquel asilo.

A la hora en que escribimos,—las tres de la madrugada,—Santander recibe una plaza bombardeada: soledad de duelo en las calles y por todas partes, hasta en el Prado de San Roque (en el Alta) se encuentran pedazos de hierro, anclas, baos y material de construcción que portaba el barco y cuyas piezas lanzadas á enormes distancias dan la más justa medida de lo terrible de lo inmensamente extraordinario y horroroso de la explosión.


Ante la desgracia, ante el grand duelo de Santander que escribirá esta fecha, «la pide negro», no acierta el cerebro á ordenar las impresiones que llenan el corazón de profundas tristezas. Acordámonos todos á aliviar los sufrimientos de los vivos, y pidamos al cielo que dé en su seno paz á los muertos.

### FINAL

Inolvidable será para todos cuantos habitan en la ciudad de Santander, ancianos, jóvenes y niños, el nefasto día 3 de Noviembre de 1892! Esa fecha litúrgica constituirá para nuestra desgraciada ciudad lo página más luctuosa, la efeméride más terrible de su historia, quizá durante muchas centurias, tal vez hasta la consumación de los siglos.

Es en estos momentos Santander la ciudad de la muerte, del dolor y del espanto.

Imprenta de EL ATLANTICO.

  
EL SEÑOR

## D. JULIÁN DE GURTUBAY

### E IZA

ha fallecido ayer á las cinco de la tarde

*Su deseconsolada esposa doña Tomasa Mardiolea y Orbe, sus hijos don Fidel, don Julián y don Dionisio, hijas Sor Presentación del Sagrado Corazón de Jesús, doña María, doña Marcelina, hijas políticas, hermanas, hermana política, nietos, sobrinos y demás parientes*

Lo participan á sus numerosos amigos con el más profundo dolor y les suplican encomienden á Dios su alma y asistan á los funerales que por su eterno descanso, se celebrarán hoy, día 4, á las diez y media de la mañana, en la parroquia de San Francisco, y á la conducción del cadáver, á las cuatro de la tarde, desde la casa mortuoria, Correo 12, al sitio de costumbre.

Santander 4 de noviembre de 1892.  
El duelo se recibe Correo, 8, 2.º, y se despiden en la iglesia.  
*No se reparten esquelas.*



## Don José del Valle y Mier

Individuo de la Sociedad Hijos del Trabajo

Falleció ayer, á las cuatro y media de la tarde, víctima de la horrible explosión ocurrida en esta ciudad

R. I. P.

*Su desconsolada esposa, hijos, madre doña Catalina Mier, y demás parientes*

Suplican á sus amigos se sirvan encomendarle á Dios y asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar hoy, á las once de la mañana, desde la casa mortuoria, calle del Medio, número 21, 3.º, al sitio de costumbre; en lo que recibirán especial favor.

El duelo recibe en la casa mortuoria y despiden en las Adoratrices.  
*No se reparten esquelas.*